

rios, ¿qué debemos hacer nosotros que no podemos presumir de semejante extraordinaria intervención? De aquí que todos los Santos tanto recomienden el estado de sujeción y de obediencia como el más conforme á la providencia de Dios y á la humildad de los siervos del Señor.

¿Cómo sería verdad, si esto así no fuera, que el camino de la obediencia es el camino más seguro, más tranquilo y más aprovechado? ¿No dice el Señor que la obediencia cantará victorias, y que es mejor la obediencia que las víctimas? ¿No se sabe de muchos, al parecer grandes santos, que, por salirse á los desiertos á buscar una dirección inmediata, perdiéronse por su presunción? Abandonaron los caminos de la obediencia que el Señor les daba con mayor seguridad y mayor mérito, y de aquí que se extraviaron abandonados á sí mismos.

Y si esto sucede en la vía ordinaria de la virtud, ¿qué será en la dificultad de ciertos peligros, en las emboscadas de nuestros enemigos y en los desmayos de nuestras flaquezas? El camino de la virtud es demasiado obscuro en ciertos momentos para no necesitar de luz, y demasiado penoso para despreciar el apoyo de un buen guía y director. Y sobre todo, ¿quién hay bastante fuerte para sobreponerse á las propias inclinaciones y para desmentir con hechos aquella palabra del Señor: «Que vemos la paja en el ojo ajeno y no reparamos la viga en el propio?» Nuestra naturaleza viciada en su nacimiento es mala consejera en la mayor parte de los casos.

Elijamos, pues, un sabio y prudente director que nos conduzca como ángel del Señor, sin movernos nosotros ni á la derecha ni á la izquierda del paso que él nos marque.

Confiémosle los secretos de nuestra alma como al mejor amigo, sigamos sus consejos, y así mereceremos las protecciones de Dios y alientos grandes en los caminos del bien.



## CAPITULO V.

DE LAS COSAS QUE IMPIDEN DE SER HOMBRES  
DE ORACIÓN

### ARTÍCULO I

DEL PRIMER IMPEDIMENTO, QUE SON LOS PECADOS  
VENIALES

Vistas las cosas que favorecen, veamos cuales sean las que impiden la oración, entre las cuales es la primera y más principal el impedimento de los pecados veniales; porque á éstos pertenece propiamente resfriar el fervor de la caridad, y así también el espíritu de oración. De manera que aunque no quitan del todo la caridad, quítanla las alas con que vuela; y aunque no matan el alma, debilitan las fuerzas y buena disposición con que ella obra, y déjanla flaca y pesada para todo bien.

Y por esto el buen eclesiástico ha de traer pleito perpetuo contra este linaje de culpas, las cuales aunque parecen pequeñas, él no las debe tener por tales, pues que Dios se las prohíbe; porque dice muy bien San Jerónimo: «El siervo de Dios no ha de mirar lo que le manda, sino quién se lo manda, que es Dios; y pues es cierto que no hay Dios pequeño, no ha de tener mandamiento ninguno por pequeño, aunque entre ellos haya su diferencia, especialmente sabiendo que de una palabra ociosa habemos de dar



cuenta (1) en el juicio advenidero; por lo cual, como dice el Sabio (2), el que teme á Dios, en ninguna cosa se descuida por pequeña que sea.»

Y demás de esto; debe mirar que ha de ser grande la pureza del alma donde Dios ha de infundir este preciosísimo espíritu de oración, porque así como el fino rosicler no se asienta sobre barro, sino sobre oro, así nunca Dios asienta este esmalte tan precioso sino sobre el alma que estuviere limpia de pecado. Y por esto conviene que tengamos siempre en las manos un tamiz muy fino para cerner todas las obras que hacemos, y la intención con que las hacemos, y el modo con que las hacemos, para que en todo y por todo vayan limpias de toda vanidad y pecado.

Y guárdese del parecer de aquellos que suelen decir: esto no es pecado mortal, no va mucho en ello, pues no es cosa de precepto. Dime, ¿qué tal sería el siervo que estuviese determinado de nunca hacer cosa que su Señor le mandase desenvainada la espada y so pena de muerte? Item, ¿qué tal será la mujer que dijese á su marido: Yo no tengo de ser mala mujer ni haceros traición, mas fuera de esto sabed que tengo de hacer todo cuanto se me antojare, aunque sepa que os pese de ello? Pues tales son, sin duda, los que no hacen caso de lo que Dios manda en la Escritura sagrada, sino de sólo aquello que manda so pena de muerte, que es debajo de precepto: y contentos con sólo esto, pasan ligeramente por lo demás. Estos tienen muy cerca la caída, porque está claro que el pecado venial es disposición para el mortal, y por esto, como dice el Sabio (1), el que menosprecia las cosas pequeñas, poco á poco irá á dar consigo en las mayores. A lo menos ésta se puede tener por una muy grande señal para conjeturar si se está en gracia, conviene saber, si se teme al pecado mortal que la quita y al venial que dispone para quitarla. Porque así como el cuerpo que está vivo, no sólo teme la muerte, sino también la calentura y la herida, y un solo

(1) Matth., 12.—(2) Eccles., 7.—(3) Eccl., 19.

rasguño, por pequeño que sea; así el alma que vive en gracia, no sólo teme el pecado mortal que le quita la vida, sino también cualquiera dolencia de pecado venial, que dispone para quitarla. Pues así por esto, como por lo que toca á la devoción, debe trabajar el siervo de Dios por evitar todo pecado venial, y entonces podrá alzar las manos puras á Dios en la oración y tener siempre conservado y vivo el fervor de la caridad.

## ARTÍCULO II

### SEGUNDO IMPEDIMENTO, DE LA DISIPACIÓN DE LOS SENTIDOS

Una de las grandes causas que nos hacen perder el espíritu, son los sentidos, porque estas son como las puertas de la ciudad, por donde todas las cosas salen y entran, y por esto, teniendo las puertas á buen recaudo, estará seguro lo demás. Por esto, pues, conviene poner una guarda en los ojos, y otra en los oídos, y otra en la boca; porque por estas puertas entran y salen todas las mercaderías y cosas del mundo dentro de nuestra alma. De manera que el varón de Dios ha de ser sordo, y ciego, y mudo, como decían aquellos santos Padres de Egipto (1), para que, cerradas las puertas de estos sentidos, esté siempre su alma limpia y preparada para la contemplación de las cosas divinas.

Y porque algunas veces es forzoso oír y ver muchas cosas que podrían ser causa de distracción, por esto debe trabajar por oírlas así como por de fuerza, de tal modo, que no se le pegue el corazón á ellas. De suerte que el siervo de Dios ha de tener el corazón como una pared ensebada ó como un navío muy bien cañefateado y betunado, que en llegando las aguas á él, luego las despida y las deje correr por cima sin que lo puedan calar adentro ni empaparse en

(1) Casian., lib. 4, c. 31.



él. Y por ventura en figura de esto mandó Dios á Noé (1) que guarneciese y betunase muy bien el Arca por todas partes: porque así conviene que esté el arca de este nuestro corazón, para que en medio de las aguas del diluvio tempestuoso de este siglo, esté ella en lo de dentro muy enjuta y segura. Los que de esta manera guardan su corazón siempre están pacíficos, recogidos y devotos: mas los que abren las puertas á todos vientos y se dejan prender de las afecciones y negocios del mundo, después lo vienen á pagar ál tiempo de la oración con la guerra y molestia de pensamientos que allí lo cercan.

Estos no esperen aprovechar en el ejercicio del recogimiento, porque á ellos comprende aquella maldición del Patriarca que dice: «Te derramaste (2) como agua, no crecerás»; porque los tales, como traen derramado el corazón y los sentidos por las cosas exteriores, tanto menos crecen dentro cuanto más se derraman por de fuera, y tanto menos alcanzan de las consolaciones divinas cuanto más derramados andan por la tierra de Egipto buscando pajas. (3) Estos son los que se andan á ver hermosos edificios de ciudades, de iglesias, de casas y de otras cosas semejantes; y finalmente, los que procuran ver cosas hermosas y oír cosas nuevas, y así se vuelven á sus casas con el corazón lleno de viento y vacío de devoción. Y los que en estos pasos andan, así como son inestables en el alma, así también lo son en el cuerpo; que apenas pueden estar quietos en un lugar, sino antes discurren y andan de una parte á otra, y cuando no tienen donde ir, van á donde los lleva el viento á buscar si hallarán alguna recreación de fuera, porque han perdido la verdadera recreación de dentro. Y muchas veces acaece, que en estos tales pasos y caminos, el demonio los lleva como á Dina (4) á algún tropezadero donde vengán á perder, no solamente la devoción y recogimiento, sino también la castidad y la inocencia. Menester es luego escusar todos estos derramamientos, para que

(1) Gen., 6.—(2) Gen., 49.—(3) Exod., 5.—(4) Gen., 34.

recogidas en uno todas las fuerzas de nuestra alma, tengamos más caudal y virtud para buscar el sumo bien; pues está escrito que cuando el Señor edificare á Jerusalén (1) ayuntará en uno los derramamientos de Israel.

Mas entre estos sentidos exteriores, señaladamente conviene poner guarda en la lengua; porque, como dice San Bernardo, (2) es un instrumento muy dispuesto para derramar por ella el corazón. Cosa es muy para notar, ver cuán presto desaparece y se desvanece todo el jugo de la devoción, en abriendo la boca á hablar demasiado, aunque sea en buenas cosas. Por lo cual, dice un doctor, que así como las aguas olorosas, si están en algún vaso destapado, luego pierden toda aquella suavidad y fragancia de su olor, así también el unguento precioso de la devoción, pierde toda su virtud y eficacia cuando la lengua se desmanda en hablar. Por esto, pues, te conviene traer siempre la boca cerrada, y si alguna vez te fuere forzado salir á hablar ó negociar, vuélvete lo más presto que pudieres, como la paloma (3) al arca, porque no perezcas en el diluvio de las palabras.

### ARTÍCULO III

#### TERCER IMPEDIMENTO, DEL REMORDIMIENTO DE LA CONCIENCIA

Contrario impedimento á este, y poco menos perjudicial, es la demasiada pena y desabrimiento (4) que algunos toman por los pecados veniales en que caen, con lo cual muchas veces se hacen más daño que con los mismos pecados. Porque como la culpa traiga consigo remordimiento de conciencia, hay algunos que toman esto tan por el cabo, que hinchen sus corazones de amarguras y congojas, y desabrimientos demasiados, lo cual todo es grande impedimento para la divina suavidad y para el sosiego de la oración.

(1) Psal., 146.—(2) Serm. de triplice custodia.—(3) Gen., 8.—(4) Vide Bernar. Serm. de coena Domini.



Y además de esto, como el pecado sea una ponzoña mortal que luego tira al corazón y lo hace desmayar, hay muchos que, así como caen en este género de pecados, luego se les cae el corazón y pierden todo el esfuerzo y aliento que tenían para bien obrar. Porque así como no hay cosa que más ayude á todo lo bueno que el vigor y aliento del corazón, así no hay cosa que más corte los brazos que el desmayo y caimiento de él. Por lo cual, aquellos santos Padres del Yermo solían encomendar mucho á sus discípulos que anduviesen siempre con este vigor y esfuerzo de ánimo, porque mediante él estaba el hombre siempre, como sobre los estribos, aparejado para todo lo que debe hacer, lo cual todo pierden los que de esta manera se dejan caer. Por donde no sin causa dijimos que muchos se hacían más daño con el indiscreto arrepentimiento de los pecados, que con los mismos pecados.

Esta indiscreción nace unas veces de pusilanimidad, otras de una secreta soberbia, la cual tácitamente hace creer al hombre que es algo y que no había de caer él ya en tales y tales defectos; lo contrario de lo cual presume el humilde, y por esto no se le hace nuevo caer en defectos, porque eso y más que eso tiene ya él entendido y presupuesto de su gran flaqueza. Nace también esta pusilanimidad de no conocer los hombres la gracia de la Redención de Cristo, ni saber aprovecharse de la medicina que él nos dejó en su Pasión y muerte para remedio de estos desmayos y temores.

Sea, pues, el primer remedio conocer á este Señor y el valor de sus merecimientos para que no perdamos la esperanza de su misericordia, aun en los grandes pecados, cuanto más en los pequeños. Esta esperanza nos da el Evangelista San Juan por estas palabras: «Hijuelos (1), esto os escribo, porque no pequéis; mas si por ventura pecareis, no por eso desmayéis; porque abogado tenemos de nuestra parte ante los ojos del Padre, que es Jesucristo,

(1) Heb., 10.

el cual es aplacador de su ira, y el que satisface por todos nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino también por todos los del universo mundo.» Pues, ¿qué desconfianza puede el hombre tener debajo de las alas y merecimientos de tal intercesor? Todos cuantos pecados hay en el mundo, delante de sus merecimientos, no son más que una pajita liviana delante de un fuego infinito. Pues, ¿por qué desmayará el siervo de Dios teniendo de su parte tal satisfacción y tales merecimientos?

Dirás que pecas cada día y cada hora, sin acabar jamás de enmendarte. Dime, si cada día Cristo padeciese de nuevo por los pecados que haces cada día, ¿tendrías razón para desmayar? Dirás que no. Pues ten por cierto que no es menos fructuosa aquella muerte ya pasada que si cada día de nuevo padeciera; porque como dice el Apóstol, con una ofrenda que ofreció este Sumo Sacerdote en la cruz, perfeccionó á sus santificados para siempre por razón del tesoro y remedio eterno que en el sacrificio de su muerte les dejó.

Dices que pecas cada día, recibiendo cada día tantas mercedes de Dios, y que esto no lo puedes sufrir sin desmayar. Dígote verdad, que así como no hay cosa que más declare la maldad del hombre que esta manera de multiplicar pecados, estando siempre recibiendo beneficios, así no hay cosa que más declare la grandeza de la bondad de Dios que estar Él siempre lloviendo beneficios sobre quien está siempre haciendo pecados. Nuestra maldad dice San Pablo (1), hace más resplandecer la bondad de Dios; porque en hecho de verdad, ni en el cielo, ni en la tierra, ni en aves, ni en peces, ni en flores, resplandece tanto la hermosura y la nobleza de las entrañas y corazón de Dios, como en el sufrir y perdonar á pecadores. Por donde, si usares de un poco de prudencia y destreza, del mismo desabrimiento de la culpa, podrás, como de un veneno, hacer medicina contra ella, subiendo por ahí al conoci-

(1) Rom., 5.



miento de aquella soberana Bondad, la cual sufre con tanta benignidad tus ofensas, siendo tantas y tales, que el mismo que las hace no las puede ya sufrir, y cansándose ya él mismo de sufrirle, no lo está Dios de Perdonale. Pues con la miel de esta consideración, podrás envolver esta amarga píldora para no sentir demasidamente el acibar que hay en ella. Y si de esta manera lo hicieres, algunas veces te acaecerá recibir mayor suavidad con la consideración de esta bondad, que desabrimiento con la consideración de tu maldad.

Por tanto, debes hacer en este caso lo que hace un criado fiel, aunque flojo, cuando acierta á tener un muy bueno y piadoso señor; el cual, si cae en algún defecto, cuando por una parte comienza á entristecerse por el mal que hizo, por otra, cuando se le acuerda que tiene un tan buen señor que tantas veces le ha perdonado y de quien sabe cierto que con la facilidad que disimuló los defectos pasados disimulará también el presente; cuando esto considera, vuelve la hoja del sentimiento que comenzaba á tener, y trueca el dolor que causa la memoria de la culpa con la alegría que siente considerando la bondad ajena. Pues esta misma consideración debes tú hacer cuando te afligiere demasidamente el desabrimiento de las culpas, y de esta manera harás una como triaca de la ponzoña, y quebrarás el ojo al enemigo con sus mismas armas, y tomarás ocasión para amar más, de lo que suele ser causa para más temer y desmayar. Y llevando el agua por este camino, regarás con ella dos virtudes; conviene saber, la caridad y humildad, tomando ocasión de la culpa en que caíste para humillarte y conocer más claro tu miseria, y para amar con mayor amor al que tan confiadamente esperas que ha de perdonarla.

Demás de esto, es bien saber que hay dos diferencias de pecados veniales y que va mucho de los unos á los otros. Porque personas hay que pecan contra todo su propósito y determinación por pura flaqueza ó negligencia, ó por las

reliquias de los malos hábitos que se han quedado en el alma; los cuales, muchas veces, llevan al hombre tras de sí, casi sin sentirlo. Otros hay más sueltos en la conciencia, los cuales no tienen esta determinación ni propósito, sino que contentos con no hacer cosa que sea pecado mortal, en lo demás quieren comer, y beber, y holgar, y hablar, y perder en estas cosas mucho tiempo, á las cuales ordinariamente están anejos muchos pecados veniales que entre tanta ociosidad y soltura no se pueden escusar. Estos, dice Henrico Herp (1), mientras tuvieren esta determinación, nunca serán perdonados de estos pecados por mucho que confiesen, porque no tienen propósito verdadero de enmendarlos; sino antes propósito contrario de hacerlos. Y los tales, no se puede negar sino que viven en mucho peligro, porque, como dice muy bien Santo Tomás (2), «el que no tiene propósito verdadero de aprovechar, vive en gran peligro de desaprovechar. Porque así como el que estuviese en medio de la canal de un impetuoso río, si quisiese estarse quedo y no trabajase por subir agua arriba, estaba en gran peligro de irse tras de la corriente agua abajo, así en ese camino de la vida espiritual, que es tan agua arriba y tan dificultoso, vive en mucho peligro de volver atrás quien no trabaja cuanto puede por ir adelante.»

Mas los que pecan de la otra manera, que decíamos, por algún descuido ó negligencia, éstos más fácilmente vuelven en sí y alcanzan perdón; porque no es en manos del hombre, por muy perfecto que sea, escusar todo linaje de pecados; pues, como dice el Sabio (3), «siete veces en el día cae el justo y otras tantas se levanta.» Conforme á lo cual, dice San Agustín (4): «Los santos varones tienen cosas que de verdad pueden llorar, y con todo esto son santos, porque tienen afecto y deseo verdadero de hacer todo aquello que conviene para la perfecta santidad.»

(1) Lib. de «Mística Theologia.»—(2) 2, 2, q. 186, art. 2, ad Primum etc. in corpore.—(3) Prov. 24.—(4) Lib. de natura etc. gratia, c. 35, 36, 37, Tom. 7, etc. Super. Psal. 85, Tom. 8.



Para significar estas y otras diferencias de pecados, dijo el Apóstol (1) «que sobre el fundamento de la Iglesia, que es Cristo, unos edifican oro y piedras preciosas, y otros madera, heno, y paja y que cada una de estas cosas había de pasar por el fuego y permanecer ó quemarse en él, según la materia que tuviese. Los que edifican oro y piedras preciosas, no tienen porqué temer el fuego; mas los que edifican madera, heno ó paja, no pueden dejar de quemarse en él; sino que más tiempo ardera la leña y menos el heno, y mucho menos aún la paja, que en un punto se acaba.» Por las cuales cosas podemos entender las diferencias que hay en los mismos pecados veniales y en los castigos y purgatorio de ellos; porque algunos pecados hay que son como madera, cuales son los de los imperfectos y principiantes, los cuales durarán más en el fuego; otros, como heno más livianos, cuales son los que están ya más aprovechados, que durarán aún menos que éstos. Otros hay como una paja más liviana, cuales son los de los perfectos, los cuales durarán aún mucho menos, porque muy presto serán purgados. Estos son: una palabra ociosa, una indiscreción, un descuido ó negligencia en cosas pequeñas, en las cuales cosas caen muchas veces, aun los perfectos y santos; por lo cual no es razón que desmayen los imperfectos, cuando de esta manera desfallecieron.

Esto se ha dicho tan por extenso por proveer de remedio eficaz á los pusilánimes y desconfiados. Mas porque el hombre es una criatura tan ciega, que muchas veces hace de la medicina ponzoña, y no sabe huir de un extremo sin caer en otro, por tanto me parece avisar al cabo, que esta medicina no se ordenó aquí para los atrevidos y flojos, sino para los pusilánimes y cobardes; y por esto, si el atrevido y el flojo quisieren aprovecharse de ella, no harán más que tomar una medicina hecha para la cura de un humor frío y aplicarla para la de un humor caliente.

Ni tampoco á los pusilánimes se les pone aquí perpetuo

(1) I, Cor. 3.

entredicho en el dolor y remordimiento de los pecados, el cual es como un escarmiento saludable para no volver á ellos, sino para que de tal manera tomen este desabrimiento, que no turben la paz del corazón, que es centro y lugar donde reposa Dios. Bueno es el dolor de los pecados mas ha de tener su medio este dolor con que se desvíe de los extremos. Y por esto el Apóstol aconseja en la segunda epístola á los de Corinto (1) que consuelen y esfuercen á un cierto penitente; no porque tuviese él por mala la tristeza y dolor de los pecados, la cual allí alaba con tanta razón, sino porque con la demasiada tristeza no se ahogase y desmayase el que así se afligía; y esta es de la que aquí hablamos.

#### ARTÍCULO IV

##### CUARTO IMPEDIMENTO, DE LOS ESCRÚPULOS

Los escrúpulos tambien, que nacen de los mismos pecados, suelen impedir mucho la devoción por el desasosiego grande que traen consigo. Porque los escrupulosos siempre andan carcomiéndose consigo mismos; si consentí, si no consentí; si recé, si no recé; si confesé, si no confesé; y así en otras cosas semejantes; lo cual todo es grande impedimento para la paz y sosiego del corazón, en el cual mora Dios. Porque si la cama de aquel Esposo celestial es florida, según se escribe en los Cantares (2), ¿cómo podrá El reposar en el corazón que está lleno de escrúpulos y congojas, que son como ortigas y espinas?

También esto viene otras veces por obra del enemigo, el cual si no puede quitar del alma el temor de Dios, trabaja por hacer que no usemos bien de él, empleándolo, no en temer, como era razón, los verdaderos peligros sino los falsos y aparentes. De manera, que si no puede secar la vena del agua viva que envía Dios á nuestra alma, procura divertirla por otras partes desaprovechadas, porque no

(1) Cap. 2. — (2) Cant., 1.